

[Reflexión y crítica]

Símbolo y Verdad

Antonio S. Orantos

Introducción

Cuando cayó en mis manos el artículo de G. Caffarena titulado "*Lenguaje, símbolo y verdad*", publicado por el CSIC (1979), descubrí la posibilidad de transmitir a través de él la intuición fundamental que determina mi pensamiento filosófico: La ruptura de todo dogmatismo y la posibilidad de libertad en el pensar actual.

Pienso que ha terminado la era de las grandes síntesis. Ha terminado la época de las "grandes" verdades objetivas. Se abre en el horizonte del pensar un amplio margen de libertad, que nada tiene que ver con la recaída en el irracionalismo y sí con un fomento radical de la creatividad humana.

El pensar occidental siempre ha sido un pensar problemático. Una cultura definida por la tensión nunca resuelta entre el ser y el movimiento, entre lo universal y lo singular, lo dicho y lo no dicho, lo realizado y lo soñado como utopía. Sin esta tensión el progreso cultural de occidente sería impensable.

Este breve artículo pide para el pensar actual, frente a todo sistema dogmático tanto de derecha como de izquierda, la recuperación de la tensión problemática que ha permitido al hombre de occidente vislumbrar horizontes nuevos de realización.

Planteamiento

El problema que estas breves notas pretenden tratar es una cuestión abierta hace tiempo en nuestra cultura secular y, quizá, su reflexión pueda mostrar caminos nuevos de solución a algunos aspectos de la problemática del hombre actual.

Simplificando hasta el extremo; es la cuestión sobre la capacidad del lenguaje simbólico de aprehender y transmitir verdad.

Ciertamente, en el mundo de hoy, donde la verdad parece identificarse con lo útil, con la capacidad de dominar la circunstancia que nos rodea, el lenguaje simbólico parece tener perdida la partida frente al lenguaje científico. Con mentalidad cartesiana la verdad es situada por el hombre actual de parte del rigor, la precisión, la exactitud. Y ha de admitirse que el lenguaje científico tiene la pretensión de rigor, precisión y perfecta determinación del referente. Ahora bien, también debe admitirse que esta pretensión se logra a costa de la riqueza y expresividad del lenguaje humano. Si para ganar expresividad se intenta un lenguaje sugerente, el rigor, la precisión y determinación se difuminan. Este es el dilema. Dilema que en forma de pregunta podría plantearse así: ¿Es la verdad privilegio exclusivo del lenguaje riguroso, claro y exacto?

Vamos a intentar en estas páginas reivindicar el lenguaje simbólico. El problema es difícil pero por ello su posible solución será más llamativa, tendrá más posibilidades para liberar al hombre del esquema "verdad igual a manipulación efectiva de lo real" y abrirle a la consideración de la "verdad" como "diálogo" —contemplación y transformación, escucha y compromiso, teoría y praxis— que respeta el ser y la expresión de lo distinto al sujeto que comprende, de lo "otro", evitando, así, la posibilidad de destrucción del ámbito —natural y social— donde el hombre desarrolla su existencia.

No intentamos convertir el lenguaje simbólico en panacea resolutive de la problemática sobre la verdad con que el hombre actual se enfrenta. Tampoco afirmamos una especie de "vía contemplativa" —a modo de orientalismo estrecho que escucha descomprometidamente— como única vía de acceso a lo real. Sí vislumbramos —ni siquiera afirmamos— que el lenguaje simbólico muestra facetas de lo real y, por tanto, de la verdad, olvidadas en el modo —o la moda— del vivir actual; facetas que es necesario considerar para la adecuada autorrealización del hombre —entendiendo por autorrealización la búsqueda, no la posesión, constante de la verdad.

Verdad y lenguaje científico

La necesidad del lenguaje científico como único fundamento posible de verdad ha sido reivindicada radicalmente por el neopositivismo lógico.

"... en el caso de los positivistas lógicos, se agregó el epíteto de "lógicos"

porque pretendieron incorporar los descubrimientos de la lógica contemporánea; pensaban que en particular el simbolismo lógico desarrollado por Frege, Peano y Russell les sería útil, pero su actitud general es la misma de Hume. Como él dividían las proposiciones significativas en dos clases: las proposiciones formales como las de la lógica o las matemáticas puras, que decían eran tautológicas... y las proposiciones fácticas, que se requería fueran verificables empíricamente. Se suponía que estas clases contenían todas las proposiciones posibles, de suerte que si una oración no lograba expresar nada que fuera formalmente verdadero o falso, ni expresar algo que pueda someterse a una prueba empírica, se adoptaba el criterio de que ella no constituía una proposición en absoluto; podría tener significado emotivo pero literalmente carecían de sentido" (1).

Según esto, las tesis fundamentales que propugna el neopositivismo podrían resumirse así:

a. Existen exclusivamente dos tipos de enunciados de relevancia cognitiva:

Los enunciados "a priori" analíticos y tautológicos, verdaderos en virtud de su forma lógica y, por tanto, vacíos en cuanto a información sobre la realidad;

Los enunciados "a posteriori", informativos acerca de la realidad y verdaderos en virtud de su verificación.

b. El significado de los enunciados que pretenden informar sobre los hechos reales viene dado por su método de verificación, es decir, de constatación empírica, única y cabal fuente decisoria de la verdad o falsedad de los enunciados de la realidad.

c. Los enunciados que pretenden ir más allá de la experiencia con la pretensión de ofrecer verdad, es decir, "enunciar algo sobre la realidad", puesto que no tienen conexión con la experiencia, al intentar ir más allá de ella, carecen de decibilidad con respecto a la verdad o la falsedad. En consecuencia carecen de sentido cognitivo y, por tanto, sólo son enunciados aparentes, pseudoenunciados.

El neopositivismo se inserta, así, en la más pura tradición empirista. Su originalidad radica únicamente en que cifran la imposibilidad de ir más allá de lo empírico no en el sujeto cognoscente o en el objeto de conocimiento, sino en la naturaleza "de lo que se puede decir". La acusación contra los que pretenden ir más allá de lo verificable consiste en la violación de las reglas que un enunciado debe satisfacer para ser significativo.

(1) Ayer. *El positivismo lógico*. Buenos Aires. 1965. pág. 16.

Y aunque en la evolución del pensamiento neopositivista puedan observarse ciertos progresos —retrocesos para algunos— hacia actitudes más flexibles con respecto a planteamientos metafísicos, pienso que se mantienen los elementos fundamentales del planteamiento inicial. Leamos nuevamente a Ayer:

“Los analistas lógicos contemporáneos son más indulgentes; también se oponen a la metafísica en la medida que es meramente retórica afectada; y aun en la esfera de la ética quieren separar a la filosofía de la prédica moralizante, pero admiten que, en ocasiones, el metafísico pueda estar viendo el mundo de un modo nuevo e interesante; puede tener razón suficiente para sentirse insatisfecho con nuestros conceptos ordinarios o para proponer su revisión. En muchos casos es indudablemente víctima de errores lógicos pero sus errores pueden ser instructivos. Si los problemas filosóficos surgen, como pensaba Wittgenstein, porque ciertos rasgos de nuestro lenguaje nos extravían, el metafísico por sus extravagancias propias puede también contribuir a disolverlos. (En virtud de ello) ya no se trata al metafísico como un delincuente, sino como a un enfermo: probablemente existe alguna razón para que diga las extrañas cosas que dice” (2).

Cabría, así, en dicha perspectiva, el tratamiento de temas metafísicos aunque sólo fuera —como hacen Wisdom, Ryle, Moore...— con criterios y finalidad terapéutica, es decir, contribuyendo a resolver —para otros disolver— los pseudo-problemas de la metafísica a través de un riguroso análisis del lenguaje. Pero todo ello sin que se presuponga una alteración apreciable en los planteamientos metodológicos lingüísticos.

Desmarcarse de esta actitud filosófica no parece sencillo. Primero porque en su actitud crítica recuperan una de las pretensiones fundamentales del quehacer filosófico, y que convendría recordar a muchos “ilustres pensadores”: la construcción de un pensar claro y riguroso que pueda contribuir a la realización humana. Y, segundo, porque pienso que una cierta austeridad sería conveniente para ciertas formas de pensar que acentúan las “facilidades” del conocimiento humano para aprehender y apalabrar verdades y valores objetivos, que ante planteamientos críticos se revelan como simples palabras huecas, puros verbalismos.

A pesar de todo, vamos a intentar una posible reflexión crítica. Desestimo toda crítica que sea ajena o extrínseca a los planteamientos que el neopositivismo presenta. Es muy fácil hablar de “ontologías”, de necesidades radicales humanas, de pretensiones últimas, de inserciones en la realidad... sin antes preguntarse por la posibilidad de apalabrar con rigor tales necesidades, pretensiones o inserciones radicales... La crítica, pues, para ser tal, debe hacerse en el “terreno” en que los neopositivistas nos sitúan: en el lenguaje humano.

(2) Ayer. *Positivismismo lógico*. cit. pág. 14 y 22.

Comencemos, pues, la tarea no sin antes renovar nuestras simpatías por todos aquellos que critican el "lenguaje fácil" de muchos "ilustres pensadores" que hablan sin sujeto y en los que difícilmente encontramos "complementos" sobre los cuales hacer recaer sus "bellas" afirmaciones.

En las tres tesis expuestas más arriba, y que intentaban resumir el pensar neopositivista, se juega una determinada relación entre lenguaje y lo "dado" en la experiencia. Se trata de la relación entre un enunciado de experiencia y aquello que lo hace verdadero. En definitiva es la relación que pueda haber entre una entidad lingüística y una entidad extralingüística.

Independientemente de aquello que signifique "lo dado en la experiencia" (3) y que por falta de espacio no tratamos aquí, vamos a cuestionarnos sobre lo que nos dice de la realidad el lenguaje pretendido por los neopositivistas. Pero observemos, antes de comenzar, que este planteamiento supera la metodología propuesta por los autores. Para responder a preguntas tales como la posibilidad de reconstrucción del mundo objetivo o la posibilidad de pasar de la subjetividad a la intersubjetividad, condición ineludible de todo lenguaje científico, se ha de trascender la experiencia justamente para hablar sobre ella y esto, parece ser, está prohibido.

Esta imposibilidad de salida hacia el mundo público, hacia lo más allá del lenguaje acarrea dos consecuencias graves:

- a. Obliga a mantener el conocimiento humano en un "solipsismo" de corte berkeleyano, sin posibilidad del recurso a Dios o a la conciencia trascendental;
- b. Y, por otra parte, no cabe más salida que un construccionismo metodológico, según el cual todos los elementos que componen una teoría científica fundamentan su valor epistemológico en la capacidad de ser adecuadamente contruidos dentro de un sistema concreto.

Así, el mundo del que habla el pretendido lenguaje científico se disuelve en un mundo de constructos epistemológicamente hablando: la realidad queda reducida a una construcción lógica.

Al llegar a este punto algunos pueden pensar que hemos construido una crítica más o menos aceptable. Sin embargo no es así. Son los mismos autores neopositivistas los que nos proponen tal modo de pensar. Así leemos en uno de ellos:

(3) Problema muy conflictivo para estos autores ya que implica un compromiso filosófico: que el conocimiento parta de datos o que parta de objetos fácticos supone dos concepciones que tienen compromisos ontológicos distintos por mucho que se empeñen en decir los neopositivistas que el problema de la realidad es un pseudoproblema.

(4) Citado en J.L. BLASCO. *Significado y experiencia*. Barcelona. 1984. pág. 55.

“Un enunciado se confronta siempre con otro enunciado o con el mismo sistema de enunciados, nunca con una realidad. Este procedimiento sería metafísico, carecería de sentido” (Neurath) (4).

Y no puede ser de otra manera, aceptadas las cláusulas metodológicas iniciales. El problema de la relación lenguaje-realidad no es susceptible de experiencia; debe ser tratado en el ámbito de la ontología y eso, parece ser, está prohibido.

Siendo consecuentes, pues, la verdad de un enunciado ya no sería su exactitud con respecto a un referente experiencial. Radica, parece ser, en su coherencia con el sistema al que pertenece. Y así lo que nace como una pretensión de conocimiento, sobre bases firmes y seguras, acaba destruyendo a la ciencia misma en su pretensión más fundamental: explicar rigurosamente la realidad.

Es curioso que desde otras cláusulas metodológicas L. Wittgenstein parece llegar a la misma conclusión. Recordemos la famosa conclusión del *Tractatus*:

“Mis proposiciones son esclarecedoras de este modo; que quien me comprende acaba por reconocer que carecen de sentido, siempre que el que comprenda haya salido a través de ellas fuera de ellas. (Debe, pues, por así decirlo, tirar la escalera después de haber subido).

Debe superar estas proposiciones; entonces tiene la justa visión del mundo” (5).

“De lo que no se puede hablar, mejor es callarse” (6).

¿Qué significan tales asertos en el conjunto de su obra? Respondemos con las propias palabras del autor:

“Indecible es el mundo en su ser y en su existir: ‘Lo místico’ no es cómo es el mundo, sino que el mundo es” (7). “El sentido del mundo tiene que estar fuera de él... no hay en él valor alguno y si lo hubiese tal valor no tendría ningún valor” (8). “Por eso tampoco puede haber enunciados de ética” (9). “La solución del enigma de la vida en el espacio y en el tiempo se encuentran fuera del espacio y tiempo” (10).

(5) *Tractatus*, 6,54.

(6) *Tractatus*, 7

(7) *Tractatus*, 6,44

(8) *Tractatus*, 6,41

(9) *Tractatus*, 6,42

(10) *Tractatus*, 6,4312

Supuesto lo anterior, sólo se vislumbran dos salidas:

- Si se acepta la filosofía del lenguaje de corte neopositivista, donde el lenguaje no tiene capacidad de referente real, se exige la aparición de otras ciencias que hablen sobre la realidad, ya que al hombre lo que le urge es saber-a-qué-atenerse con respecto a lo real —por eso piensa científica y filosóficamente—.
- O también, siendo conscientes de que el planteamiento lingüístico del neopositivismo lógico nos sitúa ante una aporía radical es necesario replantear los fundamentos de una teoría general del lenguaje humano.

Cualquiera de estas dos vías permitiría la aparición de "lenguajes simbólicos". Nosotros vamos a desarrollar brevemente la segunda posibilidad.

Hacia una posible solución

Retomemos el problema partiendo de una experiencia humana básica. Si ciertamente hemos de reconocer que el lenguaje humano tiene una vinculación natural con el referente empírico, no es menos cierto que este mismo lenguaje retorna constantemente al símbolo, al lenguaje sugerente, cuando necesita ganar en expresividad —quizá profundidad— en la mostración del significado del referente. Es decir, en un primer y sencillo análisis del acontecer humano descubrimos que el recurso al lenguaje sugerente no es simplemente retórico, ni orientado exclusivamente al adorno o a la belleza. Intenta explorar relaciones nuevas con lo real, más ocultas pero no por ello menos reales. Y, en cualquier caso, "sentidas" como más importantes.

En un segundo análisis observemos que el lenguaje humano, ese lenguaje que tiene la pretensión de rigor, se constituye como sistema simbólico sin perder, por ello, conexión con el referente real. El lenguaje humano se construye desde una intuición fundamental: un pequeño repertorio de símbolos tiene la posibilidad de referirse a la serie potencialmente infinita de eventos que constituyen lo real.

Por tanto, si el lenguaje, expresión fundamental del hombre, nace de la posibilidad de que un repertorio finito de símbolos pueda referirse a lo real y el mismo lenguaje retorna continuamente a la capacidad simbólica cuando pretende una mostración radical del referente real, podemos postular con facilidad que el símbolo y su expresión, el lenguaje simbólico, están de alguna manera impregnados de un peculiar sentido de lo real. El símbolo, el lenguaje simbólico tiene, pues, su verdad.

Y observemos que rechazar la verdad del símbolo significaría quebrar la verdad del mismo lenguaje y, como consecuencia, quebrar la verdad de todo aquel lenguaje que tiene la pretensión de rigor.

La verdad del lenguaje simbólico

La conclusión del apartado anterior además de ser atrevida parece insuficiente. Reconocer en el lenguaje simbólico "una" verdad —su verdad— inmediatamente parece implicar las preguntas por los contenidos, las aportaciones, o si se quiere, la aprehensión de realidad que el lenguaje simbólico realiza.

Pues bien, la propuesta es la siguiente. En el lenguaje simbólico lo que se ofrece de verdad es lo posible-de-la-realidad-misma. Dicho más claramente. El lenguaje simbólico ofrece lo que en la realidad hay de proyecto, de futuro, de poder ser. El lenguaje simbólico tendría la pretensión de mostrar los aspectos de la realidad que el lenguaje objetivo, nacido de la constatación, de la representación, de la pretensión de manipular la realidad, olvida.

El lenguaje simbólico sería, así, la expresión de lo "todavía-no-dicho" sobre la realidad, elevándose como crítica a lo "ya-dicho" en un doble sentido:

- a. En cuanto vislumbra que la realidad puede decir más;
- b. En cuanto reafirmaría la necesidad de la verdad como búsqueda constante, criticando toda posible posesión de la misma.

El lenguaje simbólico aparece así como "negación-de-lo-conseguido" desde lo "real-por-conseguir", disponiendo al hombre a un diálogo continuo, a una escucha continua, al quebrantar toda posibilidad dogmática.

La posibilidad abierta en el consentimiento del lenguaje simbólico es la posibilidad del hombre que nunca se aquietará en lo conseguido.

Pero cuidado. No podemos caer en romanticismos. El lenguaje simbólico encierra "su verdad", no "la verdad". Y, por tanto, siempre necesitará el contraste con el lenguaje tendente al rigor, a la precisión, a la determinación del referente. Dicho con otras palabras, y recuperando el discurso, la función del lenguaje simbólico sólo será posible si podemos esclarecer con precisión el significado real de lo "posible-de-la-realidad".

Observemos que la historia de la filosofía puede ser interpretada en esta clave de precisión. La filosofía griega nace en diálogo crítico con el potencial desiderativo expresado en los mitos. La pretensión de precisar la máxima utopía humana, Dios, origina en el mundo medieval la austera reflexión sobre la analogía. En la modernidad la Filosofía de la sospecha —Nietzsche, Marx, Freud— origina esquemas reflexivos que invitan a una constante purificación de los "sueños utópicos" del hombre. Y en la actualidad, el más valioso esfuerzo lo encontramos en la obra *El Principio Esperanza* de Bloch.

En definitiva, lo que se pide a todo pensar que se comprometa con la validez del lenguaje simbólico es la incorporación del rigor y la crítica: crítica de la ideología, crítica de la ilusión, desenmascaramiento de todo resentimiento son pasos indispensables donde quizá se hundirán muchas brillantes pero ingenuas interpretaciones fundadas sobre lenguajes simbólicos no suficientemente purificados.

El lenguaje simbólico será siempre revelador pero también, como todo lenguaje humano, velador en cuanto históricamente condicionado. Nunca será plena expresión de lo real posible y siempre será tentado por la posibilidad de degenerar en un engañoso barniz ideológico que embellece la realidad para eludir la dura tarea de transformarla. El lenguaje simbólico necesita su crítica y sobre todo necesita vivir en paciencia y cauta esperanza a la expectativa de auténticas epifanías de lo utópico, que le impulsen a la formulación de nuevas utopías engrandecedoras del horizonte vivencial humano.

La crítica filosófica sobre los lenguajes simbólicos tendrá la responsabilidad de derribar con seriedad los símbolos caducos. La responsabilidad de arremeter contra símbolos dogmáticos que cierran el camino a expresiones más fecundas de lo real-posible.

Y, positivamente, esta crítica tendrá que mediar entre las visiones científicas y técnicas y las visiones utópico-simbólicas buscando la recuperación de lo que todavía-no-está-dicho y es necesario-decir.

Una tarea que pide conjuntamente sensibilidad, lucidez y juicio práxico. Una tarea que tendrá como finalidad salvar al hombre del achatamiento técnico-científico que actualmente padece.